

Efectivamente acababa de declararse un incendio en los alojamientos de los soldados del Fuerte, y favorecido por la brisa se había extendido con gran rapidez. Todo el mundo sabía que se guardaba la pólvora precisamente en el sitio de donde se veían salir los siniestros resplandores. Ya pueden imaginarse las escenas dolorosas de que fué teatro entonces Basse-Terre. Un terror pánico se apoderó de la población. Todas las casas fueron abandonadas. Las calles eran estrechas para contener á hombres que vagaban inquietos, á mujeres pálidas llevando de la mano á sus hijos, y á venerables ancianos; los enfermos eran llevados en hamacas ó casi arrastrados por sus deudos. Y el redoble de los tambores tocando á generala, aumentaba la confusión. El pánico llegó á ser extremo. Las mujeres, los viejos y los niños, corrieron en dirección opuesta á la del fuego, mirando de vez en cuando atrás por si veían saltar el polvorín; los hombres por el contrario se dirigieron al mismo sitio del siniestro á conjurar con sus esfuerzos la catástrofe que amenazaba á la ciudad. Sin duda que son dignos de todo elogio el valor y la resolución que desplegaron en circunstancias tan críticas. El gobernador de la colonia se mostró digno de tal pueblo. Arrostrando todos los peligros se abre paso y va á colocarse de pie sobre el polvorín. Este ejemplo heroico estimula á los demás y entonces con esfuerzos indecibles logran detener al furioso elemento.

Pero no debe atribuirse todo el éxito de esta jornada al trabajo impropio de los hombres. Mientras éstos combaten, las mujeres oran. Un grupo de ellas que no tenían que conducir niños ni ancianos, se dirige en actitud penitente al santuario de María del Carmelo, y esta bondadosa Madre tuvo piedad de sus hijos atribulados.

Todavía tenemos que registrar en esta reseña un dato lúgubre, el temblor del 8 de Febrero de 1843. En ese triste día la tierra se vió agitada bruscamente y parecía

que iba á hundirse bajo los pies de los hombres; de sus entrañas salía un poder destructor. Una conmoción rápida y violenta arruinó la ciudad de Punta Petre, y sumió en el duelo y en las lágrimas á toda la colonia. La Virgen del Carmelo fué también esta vez el recurso y el consuelo de los hijos de Basse-Terre. Á ella volvieron los ojos llorosos, y no fueron vanas sus esperanzas.

X

FUENTE DE GRACIAS

María del Carmelo no ha cesado de derramar copiosísimas gracias sobre sus fieles hijos de Guadalupe y de otras islas del mar de las Antillas, porque nunca faltan romeros que gimen delante de sus aras. La confianza, hija del amor y de la fe, es la que hace eficaces las súplicas.

Un piadoso escritor francés para referir las bondades de Nuestra Señora del Carmen, recuerda aquel pasaje del Evangelio, en que se le presentaron al Divino Maestro unos discípulos del Precursor á preguntarle si era el Mesías. Jesús les respondió: «decid á Juan lo que habéis visto; los ciegos ven, los tullidos andan, los leprosos son curados, los muertos resucitan y los pobres son evangelizados». Pues prodigios semejantes se han visto realizados en el santuario del Carmelo.

Coeci vident: los ciegos ven. Una señora noble y piadosísima había tenido que cargar las cruces inherentes á la sólida virtud. Un día Dios quiso purificarla con una prueba sino más viva, más sensible que las anteriores, permitiendo que enfermase de la vista. Era como atacar de un solo golpe la actividad, que desplegaba para arreglar todo el ajuar de su casa y la brillante imaginación adquirida en la lectura de excelentes libros.

Los cuidados de los médicos no fueron suficientes para detener el progreso del mal, y después de varios años de lucha se llegó á comprender que no había remedio. La enferma tuvo que llevar siempre una venda delante de los ojos, renunciar á toda lectura y dejar caer de sus manos de mujer fuerte la aguja con que realizaba primores. Por fin quedó enteramente ciega y necesitó un lazarillo que la condujese de la mano. Dolorosa fué la impresión que sufrió, pero como era de tan acendrada piedad, pronto se resignó al divino beneplácito. Sin embargo vivía allí cerca una hija generosa y llena de fe. Emocionada é inconsolable cree que el mal no es incurable, que si la ciencia ha callado, hay otra más sabia que puede hallar remedio todavía. Encaminase al templo del Carmen. «Habiendo comulgado, escribe ella misma, comencé una novena que terminé con la misa que hice celebrar en el altar de la Santísima Virgen; yo me dirigía á Ella con entera libertad como si la viese». Pasados dos días después de la conclusión de la novena, entrando por casualidad á la habitación donde se encontraba su madre dejó escapar un grito, no de sorpresa, sino de amor: ¡la ciega tenía un libro en la mano! Y á los acentos conmovedores y á la mirada expresiva de la hija, aquélla respondió: «hace dos días recobré la vista y ya puedo leer como antes». La Virgen del Carmen había hecho llegar á aquella apacible morada la luz y el gozo.

Claudi ambulans: los tullidos andan. En el libro de oro de las gracias de Nuestra Señora del Carmen está escrito este prodigio.

Una joven llamada María, por sus raras prendas, era el modelo de la parroquia del Carmen. Poseía esa piedad franca y alegre que nada tiene que ver con las tristezas del falso misticismo. Desde su infancia se había aficionado á la Virgen del Carmelo, de suerte que

ni un solo día dejaba de postrarse delante de la divina Madre. Llegó la festividad del Corpus y ella fué comisionada para llevar el estandarte de la Santísima Virgen durante la procesión. Cuando ésta se detuvo en el campo de Arband, la joven, devorada por la sed y el calor, se separó de las filas y fué á pedir un vaso de agua en la casa más próxima. No faltó quien le advirtiera que era una imprudencia beber en el estado en que se hallaba; pero la juventud tiene audacias temerarias, y así María insistió y apagó su sed. Esto fué para ella un golpe casi mortal. En la misma tarde tuvo que ponerse en cama devorada por fiebre ardiente y el cuerpo casi despedazado por dolores insufribles. Por un error que no se sabe justificar, el médico ordenó se le hiciera una sangría en el pie. Desgraciadamente en el momento crítico la enferma, agitada por el dolor, hizo un movimiento importuno, y se le dañó el nervio. Contrariado el doctor exclamó moviendo la cabeza: «Temo que esta pobre niña quede estropeada hasta el punto de no poder andar».

Este temor se realizó. El pie quedó atrofiado, y rehusó todo servicio. Para remediar el mal no se ahorraron gastos ni consultas de médicos. Todo fué infructuoso. Se aconsejó á la enferma que hiciera esfuerzos para andar; pero aunque ella tenía la mejor voluntad del mundo, no pudo hacer otra cosa que exhalar gritos desgarradores que le arrancaba el dolor. Sólo un remedio le hacía bien: la paciencia y por cierto que la tenía en alto grado, pues su resignación era admirable. Por fin se le ocurrió la idea de que la Virgen del Carmen podía curarla. «Por servirle me ha venido el mal, dijo, á Ella le corresponde sanarme». Nuestra Señora recompensó esta sencilla confianza. Después de nueve largos meses de sufrimientos, durante los cuales no podía sino arrastrarse apoyada en muletas, después de muchas oraciones y súplicas,

sonó la hora de la misericordia. Un día pidió la pobre enferma que la llevasen al Carmelo á oír la misa que se iba á celebrar por su intención. Se la llevó en una hamaca y se convino en que el sacerdote descendería á darle la sagrada comunión al sitio que ocupaba. Pero minutos antes del momento deseado, María llama á su vecina y le dice: cierto impulso interno me invita á acercarme al comulgatorio.—Guardaos de hacerlo, le respondió la amiga, porque caeréis y ésto se convertirá en novela.—Llega el momento feliz y he aquí que la tullida se levanta, da un paso y se arrodilla delante del barandal del comulgatorio y después de haber recibido el Pan de los ángeles vuelve á su sitio. La admiración se apodera de cuantos la rodean. De todos modos, la distancia que ha recorrido no es más que de un metro, y así no podía deducirse nada de este movimiento repentino. Mas recitado el último Evangelio, María se levanta como todas las concurrentes, da un paso, después otro... y camina. Los fieles, llenos de emoción, entonan un himno de acción de gracias entrecortado por los sollozos. Esta voz de gratitud y amor resuena en el exterior. Luego multitud de gentes acuden, llenan el templo y rodean á la joven afortunada. La acompañan á la rectoría y después á su propia casa, donde quedan convencidos que el pie está radicalmente curado y no conserva siquiera vestigios del mal. La Virgen del Carmelo había hecho su obra, la obra de la misericordia.

Vamos á referir otro hecho que demostrará más claramente que en el santuario de María *los cojos andan*. Si es triste tener un miembro paralizado, mucho más digno de lástima es ver á un paralítico, porque parece que la mano helada de la muerte empieza á hacer su conquista sobre el infeliz, que yace sin movimiento en un lecho. El «toma tu lecho y anda» de Jesús ha encontrado eco en ciertos santuarios de la Ma-

dre de Dios. Hé aquí uno realizado en Guadalupe.

Una mujer llamada Francisca, que vivía en una aldea de la isla, fué acometida de una dolencia extraña, que desconcertaba á los hombres de ciencia. Era una especie de reumatismo agudo que afectaba á las vísceras internas del cuerpo. Después de cinco años de curación infructuosa, se trasladó á Basse-Terre esperando encontrar más recursos. Y en efecto, un remedio eficaz le aguardaba, y que no era el que ella venía á buscar. El mal se agravó, los dolores se extendieron á todo el cuerpo. Todos los miembros fueron perdiendo por grados el movimiento y en pocos meses quedó como clavada en el lecho, pues sólo le quedaba actividad en las manos. Esta situación duró dos años á ciencia y presencia de todo el mundo. En una larga prueba de quince años, que llevaba de enfermedad, había conservado fresca y lozana la devoción á la Santísima Virgen, que se le había infundido el día de su primera comunión. Un domingo, fiesta de Nuestra Señora del Carmen, Francisca, oyendo las campanas, que convocaban á los fieles á misa, cogió un rosario á fin de unir sus oraciones al santo sacrificio. Ella pensaba en la venerada Señora cuya fiesta se celebraba, y á quien profesaba tierno amor, enviando con frecuencia cirios que ardiesen en su altar. Ese día parece que su confianza en ella había aumentado. Por unos de esos cambios súbitos que suelen experimentar las almas, llegó un momento en que se sintió oprimida de mortal angustia, el rosario cayó de sus manos, amargas lágrimas surcaron sus mejillas y el corazón le quedó como destrozado. ¡Era la hora de la gracia! Francisca que no ignora que la desesperación es una injuria que ofende á la bondad de Dios, reanima su fe, invoca á la Virgen del Carmen pidiéndole que sostenga su alma y que si le conviene le devuelva también la salud del cuerpo. En aquel momento la campana hacía la señal de

la elevación. El aire resonaba todavía con esta suave armonía, cuando Francisca que había adorado á Jesús Sacramentado, se encontró de pie junto á su lecho. Hábiéndole parecido oír una voz que le decía: *surge et ambula*, se había levantado y había caminado.

Leprosi mundantur: toda llaga es curada. La lepra es mal espantoso. Se puede afirmar que es como la síntesis de todos los males dolorosos y humillantes que el pecado de Adán dejó en herencia á nuestra carne. Podemos creer que Nuestro Señor empleó esta única denominación para designar en una sola palabra todas las enfermedades agudas y crónicas de que curaba á los hijos de Judá en presencia de los discípulos de Juan Bautista.

El maternal poder de María Santísima se extiende también á todos los males y cicatriza todas las llagas. Las aguas de la gracia que ella distribuye no tienen solamente eficacia para una especie de males sino para la generalidad de ellos. Como las de la Piscina probática de Jerusalén el remedio es eficaz «para todas las enfermedades.» Citaremos sólo tres casos de curaciones obtenidas de Nuestra Señora del Carmen.

Desde que contaba cinco meses un pobre niño se vió atacado de asma, que amenazaba hacerlo morir en la cuna. La ternura de su madre no perdonaba sacrificios para que obtuviese la salud; pero el mal resistía á todas las esperanzas de la ciencia y del amor, hasta que el médico del lugar donde habitaba la familia concluyó por declararlo incurable. El niño llegó á cumplir cinco años en este perpetuo sufrimiento, y los afligidos padres resolvieron trasladarse á Basse-Terre. Allí consultaron á un hábil facultativo, el cual después de varios experimentos, opinó como su compañero de la aldea. No por esto desmayó la mujer, sino que movida por ese impulso que es propio de las madres en circunstancias críti-

cas, fué á arrojarse á los pies de Nuestra Señora del Carmen, y empieza inmediatamente una novena. Aún no la había acabado, cuando el niño experimentó notable mejoría. Pocos meses más tarde estaba completamente sano.

Más de cinco años hacía que una señora padecía cierta afección dolorosísima en ambas rodillas, que no le permitía jamás caer de hinojos y apenas la dejaba andar. Con frecuencia se le formaban tumores. Muchos médicos le recetaron diversa clase de medicamentos y todos fueron inútiles. Por casualidad se trasladó de Punta Petre, donde moraba, á Basse-Terre, donde la esperaba la gracia. Oyó hablar de la Virgen del Carmelo y sintió que brotaba en su alma un rayo de esperanza. Hizose conducir al santuario privilegiado, miró á la santa efigie, le habló más con el corazón que con los labios y acabó por caer de rodillas. Al día siguiente se confesó y comulgó de rodillas. Dos días después tenía curada la rodilla derecha y no pasaron tres semanas sin que sanase del todo.

En Noviembre de 1865 el cólera diezaba la población de Basse-Terre. En cierta casa había un niño de cinco años atacado de la terrible epidemia. Después de haberle prodigado sus cuidados, el médico se retiraba, y encontrando al padre, le dice apretándole la mano: Ésto ha acabado. ¿Cómo, exclama el padre, lleno de emoción, ¿ha muerto el niño?—No, responde el Doctor; pero no puede tirar mucho.—Doctor, volved de nuevo á su cabecera, os lo suplico encarecidamente.—Es inútil.—No importa. Entraron y fué solo para convencerse que la muerte no tardaría. Entonces el padre cae de rodillas y con la voz entrecortada por los sollozos empezó á decir: «Dios mío salvad á mi hijo. ¡Dios mío, dejadme á mi hijo! Madre mía del Carmen, sanadlo; si así lo hacéis os prometo ir descalzo á daros gracias en vues-

tro santuario. Algunos minutos después, en medio de ese tétrico silencio que reina junto al lecho de los moribundos, se acerca el padre á su hijo, y como si hubiera olvidado que el enfermo no conocía á nadie, lo llamó por su nombre: ¡Carlos!

Y Carlos abrió los ojos y murmuró dulcemente el nombre de su padre. Quince minutos después llegó el médico y encontró al niño sentado en la cama conversando con su padre. «Ésto no es posible, exclamó; aquí hay un verdadero milagro».—Habéis dicho muy bien, Doctor, ésto es milagro.—El 28 de Diciembre inmediato más de un corazón conmovido repetía «éste es un milagro» al ver al padre que sin respetos humanos salía á pie desde su casa hasta el templo del Carmelo, donde se celebraba la misa de acción de gracias.

Recordarán nuestros lectores que la imagen fué encontrada cerca de una fuente. Ésta no se ha agotado jamás ni aun en los años más secos y se conserva en el patio de la casa rectoral. La gente piadosa de Guadalupe atribuye á sus aguas virtud milagrosa, como á la fuente de Lourdes. Refiérense varios casos de curaciones que no han recibido por desgracia la sanción de la Iglesia. Referiremos aquí uno solo, bien acreditado por testigos fidedignos y que no se refiere á enfermedades nerviosas, ya que hay tanta prevención contra los pobres que tienen desarrollada la sensibilidad.

Una familia vió cierto día con indecible angustia á cuatro hijos atacados de fiebre amarilla. Uno sobre todo estaba ya en vísperas de morir. Visitóle un médico que era especialista en esta clase de fiebres; pero no estuvo acertado. El niño no podía retener nada en el estómago, todo lo devolvía. Viendo el padre que eran ineficaces las medicinas y que la muerte se acercaba con paso veloz, va de noche á buscar agua de la fuente del Carmelo. En una cucharita da de beber algunas gotas al en-

fermo, y las retiene con facilidad. Minutos después él mismo pide del agua y bebe á satisfacción y el estómago nada sufre. Varias veces ejecuta la misma operación y al día siguiente se levantaba sano y contento de la cama.

Mortui resurgunt: las Conversiones. Resucitar un muerto es gran milagro; pero salvar un alma para la eternidad es milagro más grande todavía. María, que cooperó con Jesucristo á la salvación de las almas en el Calvario, ha querido por medio de sus imágenes benditas realizar en diversas épocas este admirable prodigio. Valga por todos el siguiente caso.

En un navío cuya marcha aceleraba el soplo de Satanás, se alejó de Francia una alma descarriada, rompiendo los lazos del matrimonio con su legítimo esposo, para seguir al ídolo de su pasión. Pero al cabo de algunos años la abandonó el mancebo, dejándola por compañeros la miseria y la tisis. Pensó entonces regresar á Francia para buscar la salud en clima más benigno. Con este objeto salió del pueblo donde vivía y se trasladó á Basse-Terre, donde pensaba aprovechar el vapor correo de Santo Tomás, que era en esa época la vía más expedita para ir á Europa. Pero mientras esperaba el día de la partida, el mal experimentó crisis violenta y los médicos se opusieron al embarque, asegurando desenlace fatal. En tan crítica situación, la enferma lejos de dejarse llevar de sentimientos de dolor y penitencia, se volvió contra Dios, y profería blasfemias que hacían temblar á los circunstantes; su boca parecía cráter del infierno. La dueña de la casa donde estaba hospedada, viendo que se aproximaba el desenlace fatal, le propuso llamar á un sacerdote. La respuesta que obtuvo fué una serie de palabras injuriosas contra la religión y sus ministros, y añadió la enferma: Te prohibo que me hables de ésto. ¿Qué haces? Dejar que pasase la tempestad. Después se le habló de una Virgen, por cuya inter-

cesión habían sanado muchos enfermos, y se le preguntó si quería encargarse ese remedio, aceptando la medalla que había tocado á la Señora. Así son las mujeres, que no creen en Dios, y sin embargo creen todavía en la Virgen Inmaculada. La que acababa de insultar á Nuestro Señor y á su Iglesia, no puso dificultad para aceptar la medalla de Nuestra Señora del Carmelo. Cuidó, sin embargo, de advertir «que curas y confesión no los quería á ningún precio». Si la plaza no se había rendido, se podía afirmar que estaba conquistada. Apenas habían transcurrido pocos minutos desde que la enferma tenía suspendida del cuello la medalla, cuando empezó á retorcerse. Se creyó que el mal experimentaba nueva crisis, cuando haciendo ella fuerza suprema, exclamó con voz clara y conmovida: «llamen pronto á un sacerdote». Éste no tardó en presentarse. Dos días después, purificada con las lágrimas de la penitencia, fortalecida con el pan de vida, ungida por el cielo «la que en la víspera era llamada mujer pecadora» dejaba la tierra en nombre de Jesucristo. En sus últimos momentos dejó profundamente edificadas á cuantas personas rodeaban su lecho mortuorio. Su palabra postrera fué una prueba de gratitud: «renuncio gustosa á todo, dijo, pero suplico la gracia de que no se me quite mi medalla, sino que se la deposite en el ataúd». ¿Cómo no exclamar aquí: Bendita sea María, Refugio de los pobres pecadores?

Pauperes evangelizantur.—Por pobres no entendemos sólo á los desheredados de la fortuna y á los desgraciados que viven sentados á la sombra del paganismo, sino también á esas almas humildes y candorosas que se unen íntimamente á Dios por medio de los votos religiosos. Y de ordinario á los pies de María es donde se reciben esas inspiraciones. Nuestra Señora del Carmelo más de una vez cautivó esas almas, que ofreció en homenaje á Jesús.

Mucho se habló en Guadalupe de una joven que después de diez años de muerte, se encontró su cadáver intacto y flexible. Esta joven, que era el modelo de la parroquia, había ofrecido á Jesús con voto su virginidad delante del altar de Nuestra Señora del Carmen. En su ataúd se encontró un papel que decía: «Virgen del Monte Carmelo, favorecedme.»

Citemos otro hecho:

Un joven de Basse-Terre, al mismo tiempo que veía á sus compañeros de colegio crecer llenos de vida, sentía que sus fuerzas minadas por cruel enfermedad, acabarían por agotarse, y que no llegaría á los veinte años.

Afortunadamente lo que perdía el cuerpo, lo ganaba el espíritu y se hizo piadoso, modesto, y su corazón se dirigía siempre al cielo. Un día que le asaltó el deseo de recobrar la salud para extender el reino de Jesucristo dedicándose á su servicio, se puso á orar delante de Nuestra Señora del Carmen, que desde mucho tiempo antes era la confidente de sus secretos. En ese día el pobre joven sintió que su mal se agravaba y fácilmente se comprende que es triste y difícil resignarse á morir á los dieciocho años. Sintió su alma iluminada por súbita inspiración, levantó sus ojos á María del Carmelo y le dijo: «Oh Madre, si me sanáis, os hago aquí mismo voto de perpetua castidad». No tardó en quedar completamente sano. Fué fiel á su promesa, pues abrazó el estado eclesiástico. Pero Dios no dejó mucho tiempo en estos valles de la tierra una flor de castidad abierta á las miradas de Nuestra Señora, la cortó para trasplantarla en el cielo. Dejó aquí abajo los perfumes de la virtud que cicatrizaron las heridas que su muerte causó en muchos corazones.

XI

CONCLUSIÓN

Tantos beneficios obtenidos á los pies de Nuestra Señora del Carmelo, tantas curaciones obradas en su santuario bendito, debían naturalmente despertar la devoción de los fieles. Efectivamente innumerables son los exvotos que penden de los muros de ese templo, testimonios fidedignos de la gratitud de las almas.

Diariamente se ven arrodillados á los pies de María, madres afligidas, esposas inquietas, pobres enfermos á implorar la ternura de la mejor de las madres. Á la hora de cerrar la iglesia por la noche se ven deslizar como sombras, personas que habían ido á desahogar su corazón en el de María, y salen resignadas y tranquilas. Pero además de estas romerías privadas se han realizado otras públicas que han contribuído notablemente á conservar la fe en la isla de Guadalupe.

Autoridades. Monseñor Manuel Canappe, dignísimo obispo de Guadalupe, se dignó comisionar al señor cura del Carmen, el abate Ernesto Roques, para que me proporcionase datos referentes á esta milagrosa imagen. Con celo y urbanidad dignos de todo elogio cumplió su cometido remitiéndome exacto resumen del libro del abate Morlot, que es un Mes de María, y la fotografía de la imagen que hizo sacar en su misma presencia. Poseo el certificado con el sello correspondiente de que esta reseña es fiel y exacta.

CAPÍTULO XX

Nuestra Señora de Siparia en la Isla de Trinidad

Á pocas millas de las costas de Venezuela, en el golfo de Paria, y á los 10° de latitud norte se encuentra la isla de Trinidad. Se la considera formando parte del archipiélago de las Antillas, por más que en realidad sea una dependencia geológica, orográfica y geográfica de Venezuela. Tiene forma cuadrangular como Puerto Rico, y su área mide 4544 metros cuadrados. El clima es caluroso como los de los países tropicales de bajo nivel, distinguiéndose dos estaciones, la de las lluvias y la de sequía. Su capital es la ciudad de Puerto España, una de las más bellas de la América central, puerto donde se reúnen buques de todas las naciones. Entre los principales elementos de riqueza cuéntase el asfalto, que se extrae principalmente del lago Picht Lake, que se calcula tiene cuatro millones quinientas mil toneladas de esta sustancia.

Descubrió esta isla Cristóbal Colón en 31 de Julio de 1498, y perteneció á España hasta Febrero de 1797 en que la conquistaron los ingleses, conquista que ratificó España en 1802 con el tratado de Amiéns. Cuenta con unos doscientos cincuenta y nueve mil habitantes entre ingleses, españoles, franceses, negros y culíes del Indostán, que el gobierno contrata para que se dediquen á la agricultura.

La isla de Trinidad es archidiócesis residiendo el Arzobispo, que hasta la fecha ha sido de la Orden de los